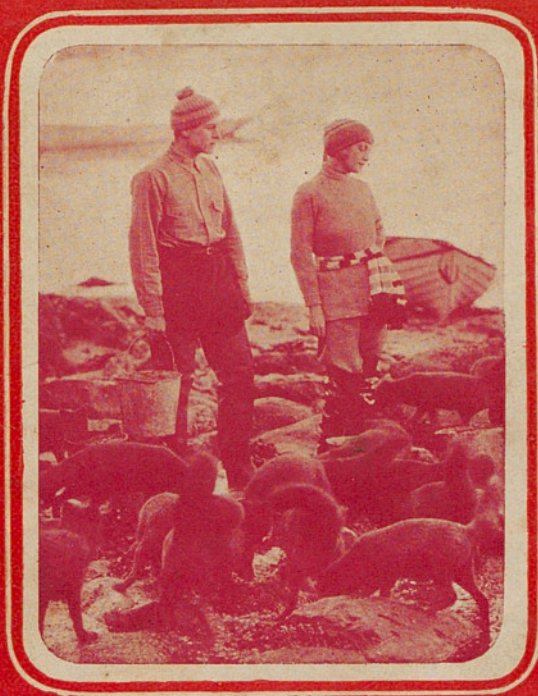


LA NOVELA FILM

N.º 129

30 cts.



AMORES EN ALASKA

POR

LILYAN TASHMAN y JOHN BOWERS

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Cortes, n.º 651
Administración } BARCELONA

Año III

N.º 129

AMORES EN ALASKA

Dramático asunto, interpretado por
LILYAN TASHMAN, LASKA WINTER
y JOHN BOWERS, entre otros.

Selecciones PRO-DIS-CO
Producers Distributing Corporation



EXCLUSIVA DE
JULIO-CESAR, S. A.

Aragón, 316-BARCELONA

Amores en Alaska

Argumento de la película

En el lejano país de las auroras boreales, en las regiones árticas del Pacífico, se escondía la placentera isleta de Rocking Moon junto a las heladas costas de Alaska.

Sasha Larianoff, descendiente de los nobles rusos que colonizaron Alaska, había heredado de sus padres la propiedad de la isla y poseía en ella un criadero de zorros azules, cuyas riquísimas pieles servían para abrigo de las elegantes millonarias, y valían más de su peso en oro.

Nicolás Sergus, opulento colonizador y turbio negociante, había prestado dinero a Sasha para la explotación y pretendía, a cambio, conquistar el corazón de la joven.

Algunas tardes, Nicolás visitaba a Sasha, y contemplaban los dos los bellos zorros azules que andaban sueltos a aquella hora.

—¿Verdad que son hermosos mis zorros, Nicolás? Cada uno vale más de mil dólares.

—Sasha, nada me interesa de este frío país más que usted misma a quien amo.

Sasha le contempló con inquietud, retrocediendo ligeramente ante el gesto apasionado de Nicolás. Este continuó, enamorado:

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

—¿Cuándo desaparecerá de esos lindos ojos ese destello de desconfianza con que miran, querida Sasha?

—Tan pronto como usted deje de hablarme así.

—No puedo, Sasha. Permítame sacarla de esa solitaria isla antes de que lleguen los hielos, y llevarla



—¿Verdad que son hermosos mis zorros, Nicolás? Cada uno vale más de mil dólares.

a esas grandes y hermosas ciudades del Sur que usted nunca ha visto.

—¿Por qué insiste, Nicolás? Sea simplemente mi socio y mi amigo; no pretenda otra cosa.

No lejos de la isla estaba el puerto de Rezanoff, estación de balleneros y de comerciantes en pieles. Residía en ella el coronel retirado Jefferson Breeze, único pariente y protector de Sasha, llamado por todos el "tío Jeff".

Era uno de los principales magnates de la comarca. Una tarde el tío Jeff aparecía extremadamente preocupado. El mecánico de su lancha, Teodor, un perfecto borracho, había desaparecido repentinamente.

Era el caso que Teodor, habiendo sostenido una violenta discusión con otro barquero, había sido por éste echado de un empujón, al río.

Probablemente hubiese perecido ahogado, de no ser salvado por uno de los pasajeros de un trasatlántico que cada mes hacía escala en el puerto de Rezanoff, y que acababa de abandonar la orilla. Gary Tynam era un ex-soldado americano, licenciado de las tropas antibolcheviques de Siberia, que iba en viaje para su país.

Gary, hombre de nobles sentimientos, no vaciló en tirarse al agua para arrancar de brazos de la muerte a Teodor que se hundía ya en el fondo, sin fuerzas suficientes para nadar. Lo cogió amorosamente, llevándolo a tierra, donde les auxiliaron algunos habitantes de la isla, entre ellos el "tío Jeff" que no podía ocultar su indignación ante la nueva borrachera de su práctico.

—¿Quién va a manejar ahora mi lancha, maldito?...

Teodor se había roto un brazo y estaba imposibilitado para reanudar de nuevo su labor.

Gary fué felicitado por su acción meritoria, aunque el "borracho" no valía la pena. El antiguo soldado agradeció esos elogios, y al propio tiempo la sirena del barco que se alejaba le hizo comprender, con claridad, su situación.

—¡He perdido el barco! Y regresaba a California, mi país... ¿Qué voy a hacer ahora sin dinero?

—No se apure usted, joven — contestó Jeff, favorablemente impresionado por este simpático salvador—. ¿Sabe usted manejar una lancha a motor?

—Yo sé un poco de todo. Acepto su ofrecimiento hasta reunir dinero para irme a California...

—Venga la mano, amigo mío. Creo que usted valdrá más que Teodor...

Embarcaron los dos en la lancha en dirección a la isla de Rocking Moon. Durante el camino, se cruzaron con la barca de Nicolás Sergus que se detuvo para saludarles.

—Ahí está Nicolás Sergus — dijo el viejo a Tynam —, un ricacho negociante de Rezanoff que no se sabe cómo ha hecho la fortuna... ¡Un pájaro de cuenta!

Desde las lanchas, los dos hombres se saludaron.

—Oiga, Nicolás, le presento a mi nuevo lanchero, un soldado que ha combatido en Siberia. ¿Qué tal le parece la adquisición?

Sergus contempló el rostro hirsuto de Tynam con marcada desconfianza, y respondió:

—No se puede saber qué cara tiene hasta que se quite esas barbas rusas. Y... adiós, tío Jeff.

Nicolás dió marcha a su motor, alejándose rápidamente.

—¿Por qué se volverá tan deprisa a Rocking Moon?

—Me parece hombre peligroso, señor — dijo el soldado —. Tiene una mirada de criminal...

—No tanto... pero sí que conviene tentarse la ropa...

—Así parece...

Y continuaron su avance hacia la isleta, sin poder alcanzar al barco de Nicolás que parecía saltar sobre las claras aguas azules.

Sergus desembarcó en la isleta, dirigiéndose hacia la morada de Sasha.

—¿Cómo ha vuelto usted tan pronto, Nicolás — le dijo ésta, extrañada.

—He visto al tío Jeff, Sasha. Ha despedido a Teodor y ha contratado a un vagabundo de muy mal aspecto.

—¿Y a esto obedece su retorno?

—¿No comprende aún? Me trae otro motivo, Sasha: pienso marchar en seguida a San Francisco y quiero que venga usted conmigo, para lo cual podríamos casarnos antes en Rezanoff.

—Siempre lo mismo. La eterna canción. Me preocupan otras cosas, amigo mío.

—¿Otras cosas? — preguntó.

—Sí. Los cazadores furtivos asolan mis jaulas... ¡Ah; si yo pudiera verme libre de ellos, podría devolver a usted lo que le debo!

Los ojos de Nicolás se inflamaron de súbita pasión.

—No hable usted más de esa deuda que si usted quiere puede quedar cancelada en seguida...

—Le ruego que no me hable así, valido de nuestra amistad. En mi casa hemos pagado siempre lo que debemos.

—Ahora es distinto, Sasha; ¿no habrá un rincón para mí en su corazón?

—¡Por Dios, Nicolás! — contestó la muchacha, con tristeza —; ¿cuántas veces habré de decirle que sólo deseo su amistad, que no podré amarle mientras usted me trate de esa forma?

—¿Qué quiere decir?

—Sí; sus constantes persecuciones me molestan, se lo aseguro...

—Es que la amo. No puedo ocultar esta pasión.

De lejos escuchaba esta conversación Zoya, una mestiza, criada de los Larianoff, a quien su mezcla de sangre no impedía tener un corazón apasionado. Esta criatura, producto de dos razas ardientes, amaba en silencio a Nicolás Sergus que había demostrado también por ella cierta inclinación simpática. Zoya, aunque amaba a su señora, sentía violentos celos de ella, adivinando en su hermosura una fuerte rival.

La barca del tío Jeff llegó a la orilla en el momento en que Nicolás declaraba por centésima vez

aquel amor que le inquietaba. La entrada de Jefferson y de Gary Tynam impidió continuarse la escena. El viejo besó a Sasha diciéndole alegremente:

—Aquí te traigo un específico para el pelo de tus zorros azules...

Y le entregó una botella que contenía el misterioso



—Aquí te traigo un específico para el pelo de tus zorros azules.

rioso elixir del crecimiento. Todos rieron la buena fe y el humor de este hombre.

—Aquí les presento a ustedes a Gary Tynam que, por el momento, maneja mi lancha. Salvó a Teodor de ahogarse. Es buen chico, ¿eh?...

El ruso saludó con cierta timidez, y Sasha pareció interesarse por ese forastero de lejanas tierras que tenía, entre el bosque enmarañado de sus descuidadas

barbas, unos ojos bondadosos y simpáticos... Nicolás le miró con dureza... ¿Quién sería ese vagabundo, recogido para que no se muriera de hambre?

Despidióse el viejo de Sasha y, sin dignarse mirar a Tynam, prometió cenar aquella noche con ellos, accediendo a la invitación que anteriormente le había hecho la señorita Larianoff.

Por la noche, el tío Jeff ya trataba al extranjero como si hubiese nacido en Rocking Moon.

Gary Tynam, con el espíritu de coquetería de todos los hombres al sentirse cerca de una mujer, procuró acicalar su persona... Lo primero que hizo fué afeitarse las barbas, dejando rasurado un hermoso rostro, lleno de noble energía. No tenía mal aspecto el muchacho.

Se acercaba la hora de cenar. Nicolás, sosteniendo en sus manos una madeja que Sasha devanaba, le decía, queriendo disculparse:

—Yo la amo a usted tanto que quizá no sepa contenerme cuando la hablo... Perdóneme usted si la he ofendido esta tarde.

—Le perdono, pero no insista en sus inútiles pretensiones.

—¿Nunca, Sasha?

—Respondo por hoy... ¿Quién puede hablar del mañana?...

Se presentó Tynam en el comedor, acompañado del viejo Jeff; y la muchacha no pudo reprimir un sentimiento de admiración.

—Bien venido sea usted a esta casa, señor Tynam.

—Señorita, muchas gracias por todas sus atenciones.

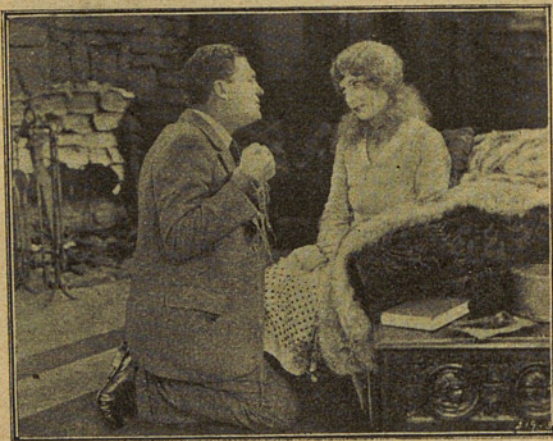
—¿Verdad que después de haberse segado la barba ya casi parece una persona?... —dijo Jeff, riendo.

—¡Quién sabe! —contestó, con voz agresiva, Nicolás.

La cena transcurrió deliciosa... Sasha, prendida en la simpatía que inspiraba el antiguo soldado de Si-

bería, sostenía con él una animada conversación. Nicolás devoraba en silencio sus manjares, sintiéndose acuciado por los celos.

La mestiza Zoya servía la mesa. Y al ver las aten-



—Le perdono, pero no insista en sus inútiles pretensiones.

ciones que su señora prodigaba al soldado, no podía reprimir su satisfacción... ¡Oh, tal vez Nicolás, olvidando definitivamente a Sasha, amara a la mestiza de un modo exclusivo y formal! Y la ardiente joven miraba a su enamorado con unos ojos parteros y expresivos que hablaban de amor.

Durante algunos días transcurrió la vida en aquel rincón, con tranquilidad. Y al ex-soldado de Sibe-

ria le pareció al poco tiempo que Rocking Moon era una especie de Paraíso. Continuaba en su oficio de barquero; pero como el viejo Jeff había establecido su vida en la isleta, el antiguo combatiente podía estar muchas horas junto a Sasha. Una comunicación espiritual, una mutua atracción unía a los dos jóvenes. Parecían nacidos el uno para el otro con la comunidad de gustos y costumbres que forman los lazos del amor.

Tynam estaba encantado... El viejo Jeff, alejado ya por su edad de todos aquellos "romanticismos", cuidaba únicamente de que a los zorros de Sasha les creciera el pelo en abundancia. Uno de los animales, hermoso y pequeño ejemplar que prometía ser una bestia de elevado precio, parecía sufrir una gran escasez de pelo que iba dejando calva su piel lustrosa y azul. Y todas las noches el viejo Jeff tenía la paciencia de frotar el lomo del zorro con el famoso específico que anunciaba pomposamente efectos brillantísimos. ¡Demonio! También él había probado sobre su persona el remedio infalible...

—Este específico hace salir el pelo a todo ser viviente menos a mí — decía riendo.

Zoya, que contemplaba la operación del vejete, no podía contener la risa.

—¿Y de veras hace salir pelo ese específico?

—¡Ya lo creo! A lo menos a los zorros... Ya verás éste dentro de pocos días. Un zorro azul calvo sería una equivocación de la naturaleza y un mal negocio, querida Zoya...

Y seguía cuidando los zorros azules, con la exclusividad del hombre soltero que, carente de afectos, necesita poner su atención en un capricho más o menos baladí.

La tranquilidad de la isleta Rocking Moon se veía turbada por la visita de gentes extrañas.

Descollaba, entre ellas, Félix Jones, un cazador furtivo de zorros azules, de extraordinaria habilidad.

Las había emprendido con los animales de Sasha. Poniendo disimulados cepos, había logrado aprisionar a muchos ejemplares que valían una fortuna. Su negocio tenía ramificaciones y cómplices de mayor cuantía.

Una tarde, Tynam y Sasha habían ido a pasear por apartados y solitarios lugares de la isla. Mutuamente sus almas sentían la atracción de su juventud. Y gustaban, como todas las almas enamoradas, del rincón silencioso y poético donde poder soñar la eternidad del amor naciente.

—Este es el lugar donde dicen habita el espíritu de Ookoon, el Dios de los volcanes. Los indios no osan venir aquí para turbarle — explicó Sasha.

Era un paraje tétrico y solitario que tenía por fondo la inmensa montaña de un volcán. Imponía con el respeto que ofrece la Naturaleza muerta.

—¿Cuántos meses habrán pasado sin que nadie haya estado aquí?

Pero las huellas de unos pasos recientes, frescos todavía, les llamaron poderosamente la atención.

—¿Yo creí que no venía nunca gente extraña a visitar este lugar. ¿De quién serán estas huellas? — dijo Gary.

—Sólo pueden ser de algún pescador nativo que habrá venido a poner aceite en la lámpara del Padre Paul...

—¿El Padre Paul?

—Sí, un santo, un protector de todos los humildes que murió hace algunos años. Su tumba está casi siempre iluminada por una lámpara que la devoción de sus admiradores tiene encendida como perenne recuerdo... Y de seguro que esas huellas pertenecen a uno de los devotos... Vamos a saberlo pronto.

Treparon por unas rocas en cuya parte más alta se levantaba una tumba que tenía por remate una gran cruz. En uno de los maderos, protegida por un cristal, estaba la lámpara de la devoción popular.

—¡Cosa rara! — exclamó Sasha—. La lámpara está apagada y vacía... Y llena de polvo. Hace mucho tiempo que nadie se ha acercado por aquí.

Con la audacia de dos exploradores, recorrieron los contornos, buscando algo que les diera la clave de las misteriosas huellas encontradas. ¡Nada!

Y Sasha y Gary ahuyentaron sus temores, volviendo a su hogar sin acordarse para nada del incidente.

El miedo supersticioso al espíritu de Ookoon hacía de aquel paraje un lugar apropiado para despreocupados y ladrones. Las cuevas volcánicas servían de guarida a los cazadores furtivos y a su capitán, Nicolás Sergus, bajo cuya máscara de honradez se ocultaba el espíritu criminal de un cazador furtivo que no retrocede ante ningún obstáculo que impida sus proyectos.

—Va todo muy bien — les decía a Jones y a otros contrabandistas—. Hasta ahora sólo hemos ido sacando parte de los zorros de la isla, pero en adelante, nos los llevaremos todos.

Aunque el viejo Jeff sospechara que Nicolás estaba complicado en negocios sucios, no le consideraba cómplice de las continuas sustracciones que se perpetraban, aniquilando las crías más hermosas de zorros.

Pero aquella noche, al recorrer los contornos de la posesión, había encontrado, debatiéndose inútilmente contra un cepo, al zorro mimado de Gary. ¡La audacia de los cazadores furtivos llegaba hasta colocar trampas junto a la casa de Sasha! Lo libró del tormento, y ahora, junto al hogar encendido, prodigaba al animal exquisitos cuidados... La criada Zoya contemplaba, conmovida, el quejido de la pobre bestia herida.

—¿Se ha hecho daño?

—Sí... Es el zorrito mimado de Gary que estaba cogido en una trampa; pero no digas nada a Sasha.

Llegaron de su excursión Sasha y Gary.

—¿Qué ocurre, tío?... Este zorro se va a morir. ¿Qué ha pasado?

—Sin duda se habrá herido en riña con otro zorro.

Gary contempló al pobre animal por quien sentía una gran predilección.

Y cuando la muchacha fué a su cuarto a cambiarse de ropa, el viejo Jeff le dió cuenta de lo sucedido...

—¿De modo que llegan hasta aquí?... ¡Oh, no hay duda de que es una banda audaz! Pero daremos buena cuenta de ellos, esté seguro...

Mientras tanto, llegaban a la casa Nicolás Sergus y su cómplice Félix Jones. Cuando entraron en el comedor, Nicolás no pudo reprimir un sentimiento de disgusto al ver que el antiguo soldado no se había marchado aún.

—Yo creí que Gary Tymam salía en el próximo barco — dijo con sardónica sonrisa.

Gary comprendió la ironía y contestó:

—Ya sabe usted, señor Sergus, que yo tengo la especialidad de perder los barcos...

—Sí... sí..., y que también le encanta esta isleta, ¿verdad?

—Más de lo que usted se figura.

—Pero, Jeff ¿qué tiene este zorro? — dijo Sergus contemplando la pobre bestia herida.

—Se habrá herido en lucha con otro zorro mayor.

Nicolás y su amigo cambiaron un signo de inteligencia. Aquella herida sólo podía producirla la mordaza del cepo.

—Bueno, Jeff... a otra cosa: le presento a mi amigo Félix Jones, el mejor criador de zorros de Alaska. Le aconsejo, Sasha, que lo tome a su servicio.

—Teniendo a Gary, que ha pasado a servir bajo mis órdenes, no creo que necesite a nadie más para ese trabajo...

—Me parece que se perjudica usted no aceptando a Jones.

—Sé muy bien lo que hago, Nicolás. Y sintiéndolo mucho, no puedo colocar a su amigo.

—Bueno, bueno... Tal vez otro día tengamos más suerte... Todo se arreglará. No hay que desanimarse.

Y salió con su cómplice, después de dirigir una nueva y violenta mirada al maldito soldadote, cuya presencia impedía que Jones ocupara el sitio de criador... y que, además, le quitaba toda esperanza de poder casarse con Sasha. Gary había hecho bien las cosas. Con su aire melancólico de hombre que vió la guerra de cerca, había logrado enamorar a la dueña de la isla. ¡Las mujeres!... ¡Aquella le resultaba arisca e invencible!

* * *

Nicolás Sergus celebraba suntuosamente la fiesta de San Miguel a estilo de los colonos rusos. Todas las costumbres, todas las tradiciones que emanaban del lejano país de la nieve, tenían un sitio en sus salones. El tío Jeff, con Sasha y Gary, asistía al festival. También, perdida entre la concurrencia, Zoya, la bella mestiza, atisbaba el paso de Nicolás, el hombre que ella adoraba en silencio, con todo el temperamento apasionado de su raza.

Los bailes se sucedían sin interrupción. Viejos y jóvenes se sentían poseídos del deseo vibrante de la danza y movían ágilmente los cuerpos al son de frenética música; Sasha había bailado con Nicolás y con Gary, reservando para éste casi todos los bailes del programa.

A medianoche irrumpieron en los salones varios bailarines indios que comenzaron a danzar los misteriosos ritos de sus tradiciones.

Cuando hubo terminado el curioso espectáculo, los invitados pasaron al "buffet". Sasha y Gary, diciéndose bellas cosas, aturridos por la emoción del amor, parecían abstraídos de cuanto les rodeaba.

Nicolás les miró con odio. ¡Y que aquel soldado,

aquel intruso lograra lo que él, con todas sus riquezas, no había conseguido!... Pero la mirada de unos ojos negros, que fijamente se clavaba en él, hizo desvanecer sus preocupaciones.

Era Zoya, que le sonreía con humildad de esclava. Nicolás se acercó.

—¿Qué quieres, Zoya? — le dijo, sonriente —. Tú deseas pedirme algo; lo conozco.

La mestiza le respondió, con un aire de fiel servidumbre:

—Tú eres mi señor. Tu esclava Zoya bailará para ti solo la danza de Ookoon...

—¡Oh, Zoya, mujer mía, ven!...

Subieron a una salita del primer piso, estancia recatada, con ciertos aromas de **boudoir**.

Nicolás aparecía aturdido. Después de su fracaso con Sasha, el cariño y la pasión que parecía demostrarle Zoya, halagaban su vanidad, quitándole el mal sabor de la primera derrota.

—Baila para mí solo. Tú eres mi princesa maorí, lo que yo más adoro.

—No me engañes, Sergus... Tu corazón palpita por otra mujer, por mi señora Sasha.

—¿Qué me importa ella? ¿No ves que la ronda ese intruso de Gary que va a casarse con ella? Mujeres como Sasha no han de faltarme nunca. Tú no; tú ya eres diferente; en ti hay algo embriagador... Baila pronto, que nadie pueda contemplar, sino yo, tu danza enloquecedora...

—Lo he prometido. Para nadie más hubiera hecho eso...

Y bailó; su cuerpo flaco parecía descontorsionarse a la vibración de sus movimientos; era algo vaporoso que en la media luz de la estancia ponía una aureola de ensueño. Era el baile de Ookoon, el baile misterioso con todas las incitaciones voluptuosas de las primeras danzas de la humanidad.

Zoya, pérfida y astuta, ponía en su baile todo el fuego ardoroso que había en sus venas.

—¿Te gusta, Nicolás?

—Danzas como ninguna. Eres como la diosa de tu raza.



La cogió en sus brazos y la besó apasionadamente...

—¡Oh, no blasfemes! No soy más que una mujer que daría cuanto tiene por ti.

Nicolás sentía poco a poco infiltrársele en el alma la pasión que le inspiraba aquella hembra joven y hermosa, rendida y adorable como una odalisca.

Y en una de las fases del baile, cuando Zoya, con el lenguaje mudo del ritmo parecía prometerle el amor, la cogió en sus brazos y la besó apasionada-

mente en la boca hasta desfallecer; estrechando su cuerpo contra el suyo.

A lo lejos, en el salón principal, las músicas volvían a enloquecer a los bailarines con sus notas desenfrenadas.

Media hora después, Sasha decía a su tío:

—Debemos retirarnos ya, tío Jeff... ¿Dónde está Zoya?

—No la he visto hace un buen rato. Gary, ¿quiere usted mirar si está por ahí?

—Voy al momento.

Gary la buscó inútilmente por todos los salones extrañándole la desaparición misteriosa de la muchacha. Iba ya a dar por fracasadas sus averiguaciones, cuando la vio bajar la escalera que comunicaba con los pisos altos. Iba acompañada de Nicolás Sergus.

—Pero, Zoya, ¿dónde se había metido usted? — le dijo. — Sasha está impaciente... Tenemos que marchar.

—Deje usted a Zoya un rato más, porque va a bailar conmigo — contestó Sergus con brusquedad.

—Usted perdone — insistió Gary, que sentía por Nicolás una antipatía ferviente —. Zoya no depende de usted, sino de Sasha.

—Pues yo no quiero que se marche y no se marchará — respondió altivamente, cogiendo por un brazo a la muchacha.

Zoya, con los ojos bajos, asistía, confusa, a la escena.

—Sergus... Usted no me conoce aún...

Y de un violento empujón derribó a Nicolás, tumbándole sobre los peldaños de las escaleras.

—Y no se mezcle en mis cosas, Sergus... Otra vez será peor.

—Has de pagármelas, intruso — murmuró Nicolás temblando de odio.

—Y ahora, Zoya, venga usted conmigo — ordenó Gary con una entonación que no admitía réplica.

La mestiza le acompañó sin pronunciar palabra, avergonzada por lo ocurrido. Ante su señora, intentó recobrar la tranquilidad.

—La he encontrado aburrida en un rincón — explicó Gary, sin dar importancia al incidente.

—¡Pobre Zoya! — repuso, conciliadora, Sasha—. ¿No has bailado?

—Sí...

—Pues, entonces... no pongas esa cara tan larga. ¿Es que por ventura tienes novio?... Contesta...

Los labios de Zoya dijeron en un suspiro:

—No.

—Pues hay que buscarlo, ¿verdad, Gary? — dijo riendo.

—Me parece bien...

Gary no quiso mentar para nada a Nicolás. El les había visto descender las escaleras, y la sombra de una sospecha cruzó por su mente. Pero mientras no tuviera la prueba absoluta, él, hombre de honor, debía callar, sin insinuar siquiera la posibilidad de una mala acción. La honorabilidad de una mujer se empaña al más pequeño, al más leve de los soplos.

Pasaron algunos días. Los primeros fríos de otoño descendieron sobre la isla y la roja luz del Polo embellecía el paisaje ártico con los colores de su paleta.

Gary seguía en la posesión de Sasha. Aunque algunas veces había insinuado la posibilidad de ir a California donde estaban sus recuerdos, la presencia de Sasha le clavaba en aquella isla que el azar llevó ante él, para encontrar a la compañera futura de su vida.

—Se acercan los hielos, Tynam — decía Sasha, una tarde en que fueron a pasear, bajo el crepúsculo embellecedor de la isla —. El vapor de este mes será el último que salga hasta la primavera.

—Pues me parece... que lo perderé también...

—¿Y qué dirán sus amistades de California?

—No me importan. Yo sólo quiero complacer a una persona y ella no está precisamente en California... Usted lo sabe bien.

Ella le miró envolviéndole en el vaho luminoso de sus ojos. Y siguieron tejiendo con sus palabras todo el cariño de dos seres nacidos el uno para el otro.

Muchas veces, después de cenar salían a dar una vuelta por los alrededores de la posesión, bajo la caricia de la luna, cuya blanca y fina luz llenaba de plata su camino.

Una noche se presentó en su casa Nicolás Sergus. Había tratado en vano de olvidar a la dulce y esquiva criatura, pero todo era inútil. La pasión era más fuerte que su voluntad y volvía con el anhelo de declararla, otra vez, el amor que llenaba su existencia:

—¿Dónde está Sasha? — preguntó severamente a Zoya.

—Sasha sale todas las noches con el señor Gary después de cenar.

Los celos colorearon el rostro de Sergus. Pero Zoya, suplicante, con las insinuaciones de la mujer que ya no tiene secretos para el hombre amado, le preguntó:

—¿Cuándo nos casaremos, Nicolás mío?

Pretendía abrazarle, comunicándole la ternura que ardía en su corazón... Nicolás, con el alma llena del recuerdo de Sasha, contestó con desprecio:

—¡Qué se yó! ¡Tengo otras preocupaciones ahora!

Amaba poco a Zoya. Su gran cariño era Sasha, la mujer indomable, la orgullosa. La vida seguía jugando con su destino, apartándole de la mujer que amaba; y en cambio se veía perseguido por esa otra que no le inspiraba más que un leve capricho.

Zoya, herida por el desdén, respondió:

—No lo ocultes, Nicolás; los desprecios de Sasha son para ti más dulces que mis besos...

Sergus hizo un ademán indefinible y sus ojos tropezaron con un retrato de Sasha colocado sobre una mesita. ¡Qué hermosa estaba! Y no sería de él, sino del necio y orgulloso soldado que acababa de embriagarse con sus mentiras. ¡Ah, estúpido destino!



—Dime, Nicolás: ¿no soy yo tan bella como la pálida Sasha?

Comprendió Zoya lo que ocurría en el corazón de su amigo. Y cogiendo el retrato, lo contempló fijamente, con frialdad, pero de un modo minucioso, como si quisiera estudiar cada una de las perfecciones de su belleza. Y luego murmuró con una repentina esperanza:

—Dime, Nicolás: ¿no soy yo tan bella como la pálida Sasha?

Una carcajada insultante hizo estremecer a la india.

—¡Tú! ¿Con tu cara aceitosa y tus ojos hundidos? ¡Ja, ja, ja! ¡Pretenciosa! ¿Cómo te atreves a compararte con ella?

Zoya sintió toda la magnitud de la injuria. Y respondió:

—No decías eso cuando suplicabas mi amor... ¡Miserable!

—¿Por qué lloras? ¡Vete, me desesperas!

—Un hombre blanco amó a mi madre y destrozó su corazón... Tú haces lo mismo conmigo...

—Historias... historias... ¿cuándo acabarás?

La mestiza pareció tomar una resolución; y respondió con energía:

—O cumples tu promesa, Nicolás, o se lo contaré todo a Sasha.

En aquel momento, se escuchaban pasos en la habitación cercana. Y Sergus, temiendo que todo se descubriera, contestó, dulcificando la voz:

—No hables nada, Zoya. Yo te amo más que nunca. Espérame esta noche en el desembarcadero... Y no nos separaremos más, amor mío.

Zoya, mujer enamorada al fin, dejóse convencer.

Sasha venía con Gary. Saludó, afectuosa y tranquila, a Nicolás Sergus. Al fin y al cabo, este hombre era su socio y su amigo, mientras no le hablara de amor.

Zoya se despidió de su ama y dirigióse a su habitación. Gary saludó a Sasha, y, fiel cumplidor de sus deberes, se dispuso a dar una última ojeada al departamento donde se guardaban, por las noches, los hermosos zorros azules.

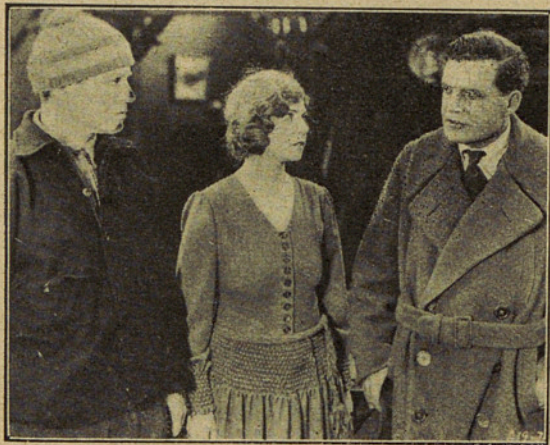
Sergus le llamó con expresión de burla:

—Tynam; el martes sale el último barco para el Sur; ¿quiere usted que me encargue de tomarle el pasaje?

—Gracias por su interés, señor Sergus — respon-

dió gravemente el ex-soldado—. Cuando necesite de sus servicios ya le avisaré.

Nicolás, distraído, tecleó con sus fuertes manazas el piano.



—Tynam, el martes sale el último barco para el Sur... ¿Quiere usted que me encargue de tomarle el pasaje?

—¿Por qué no toca usted alguna música alegre, Nicolás? —dijo Sasha, contemporizadora.

—No puedo. Su indiferencia me hace muy desgraciado, Sasha.

La joven frunció el ceño. ¡A las andadas, no! Si quería conservar su amistad, si quería ser recibido en aquella casa, no debía tratar aquel punto. Había dicho la última palabra.

—Está bien, Sasha. No volveré a molestarla más. Pero crea que es muy sensible verse desbancado por un hombre así...

—Cuidado, Sergus...

Este se levantó y despidióse bruscamente de la joven. Comprendía que era estúpido insistir.

Entretanto, en la soledad de su habitación la enamorada Zoya desahogaba sus penas. Una hora más tarde iría en busca de Sergus. Pero, ¿lograría encender otra vez el fuego del amor que por unas horas vivió en el corazón de Nicolás?

Cuando se retiraba a su cuarto, Sasha creyó oír sollozos en la alcoba de la mestiza. Temiendo le sucediera algo, corrió hacia ella.

—¿Qué ocurre, mujer? ¿Por qué lloras de este modo?

—¡Oh, Sasha! —respondió, cayendo en sus brazos—. ¡Tu fiel Zoya es muy desgraciada!...

—Cuéntamelo todo, pobre amiga. Hazte cargo que soy como una madre.

—Sasha, ¿es pecado amar a un hombre que me ha jurado fidelidad? El Pastor dice que yo estoy en pecado mortal.

—¿De modo que estás enamorada? No, no es pecado, Zoya, amar, si se ama pura y noblemente...

Estuvieron conversando largo rato, sin que Zoya quisiera pronunciar el nombre del ingrato. Ella respetó su silencio, adivinando que la tragedia íntima de aquella pobre criatura era más grave de lo que parecía...

Cuando reposaban todos en la casa, Zoya, de puntillas, salió al campo para ir al encuentro de Sergus. La aguardaban en el desembarcadero, y los cómplices de Nicolás la condujeron a las cuevas de Ookoon, situadas en el puesto de Rezanoff, donde ellos tenían su guarida, prometiéndole que en breve Sergus iría a recogerla. El propósito de Nicolás era alejar de la isla a aquella mujer peligrosa.

Quedó Zoya bajo la vigilancia del Jefe indio, llena de terror, esperando el momento de que llegara Sergus para caer en sus brazos y vivir siempre con él. Así lo creía en su ingenuidad.

A la mañana siguiente, se dieron cuenta, en casa de Sasha, de que la mestiza había desaparecido. Nicolás, que había vuelto a casa de la joven, la tranquilizó:

—Me han dicho unos indios que Zoya ha sido vista en Rezanoff con gentes de su raza. Yo la llevaré a usted allí en seguida, Sasha, para traerla a casa.

Y al anochecer, Sasha, que había ido a Rezanoff, esperando el resultado de las gestiones de Nicolás, escuchó como éste le decía, desanimado y triste:

—La he buscado por todas partes. Zoya no está ya en Rezanoff.

—¡Oh, Nicolás! ¡Temo que la haya ocurrido alguna desgracia!...

—Estos indios son muy supersticiosos, Sasha. A lo mejor ha ido a ofrendar sacrificios al dios Ookoon.

La joven se dispuso a regresar a su isla, a la mañana siguiente. ¿Qué le había ocurrido a la fiel amiga? Y entretanto, a la misma hora, Gary, que había ido a inspeccionar la cuadra donde se guardaban los zorros, era atacado por Jones y sus hombres a traición, descargando sobre él un garrotazo formidable que le desplomó instantáneamente.

Le amarraron con fuertes ligaduras. Iban a ponerlo bajo la ferocidad de Sergus que se cebaría de un modo implacable contra él.

Jones y sus cómplices comenzaron a guardar los zorros en grandes cajas de madera, transportándolos a la lancha motora de Nicolás que los conduciría hacia las cuevas de Ookoon.

Mientras realizaban este trabajo, Gary lograba libertarse de sus ataduras, merced a la colaboración de su zorro predilecto, que no había sido visto por los

hombres de Jones. Con sus dientes había logrado cortar las cuerdas que ataban al ex-soldado.

Comprendió Tynam que era necesario apresurarse si no querían perder para siempre la valiosa colección de zorros. Escribió unas líneas en un papel y lo ató a una de las patitas del animal, dándole luego libertad.

Después, púsose a buen recaudo para salir en persecución de los ladrones, dispuesto a arrancarles de su propia guarida los hermosos zorros de piel azul.

Al regreso de Sasha a su isla, le esperaban dolorosas sorpresas. Acompañada de Nicolás y del tío Jeff pudo ver por sus propios ojos la desagradable realidad.

—¡Nicolás! ¡Todos mis zorros han sido robados! ¡Las jaulas están vacías!

Sergus aparentó indignación. Pero sabía que aquella noche se había realizado el golpe, y precisamente por ello quiso que Sasha estuviera fuera de sus posesiones.

Al registrar la casa para encontrar algún indicio, comprobaron que Gary no había dormido allí aquella noche.

Este descubrimiento entusiasmó a Nicolás que había preparado bien las cosas para que el ex-soldado cayera en su poder. Y comenzó su labor de perfidia:

—Sasha, creo que Gary Tynam habrá seguido el mismo camino que los zorros azules. No me inspira ninguna confianza ese vagabundo.

—No es posible — protestó, airada, la joven—. ¡Gary es incapaz de haber hecho esto!

—Permítame, Sasha, que yo me encargue de este negocio y todo se arreglará.

—¡Oh, nos rodea el misterio! Nicolás, procure usted arreglar todas esas cosas extrañas. Pero Gary es inocente.

—Pronto cojeré a los ladrones. Confíe en mí, Sasha. El zorro azul, predilecto de Gary, fué a posarse sobre el regazo de la joven.

Sergus salió, meditando su plan de venganza. Probablemente a aquellas horas el odiado Gary estaría bien amarrado. Lo presentaría ante Sasha como el ladrón de los zorros, deshonorándole para siempre.

Sasha quedó acariciando el zorrillo, y sus manos tropezaron con el papel que tenía ligado a una de las patas. Lo desdobló nerviosamente y leyó:

“Salgo para Ookoon en persecución de los ladrones. Gary Tynam.”

Saltó de júbilo, de emoción. Gary era inocente, inocente. ¡Oh! ¿cómo creyó por un momento en las cobardes insinuaciones de Nicolás?

—Tío Jeff, tío Jeff; vamos en seguida a las cuevas de Ookoon. ¡Gary es inocente!...

Y poco después, en la lancha emprendían el viaje hacia Ookoon, deseosos de proteger a Gary en su lucha contra los ladrones.

Mientras tanto, allá, en un oculto rincón de las cuevas de Ookoon permanecía Zoya esperando la prometida llegada del amado. Una de las indias, moradoras de aquellas lóbregas cavernas, le había asegurado:

—Haz a Ookoon la ofrenda de tus danzas de amor y el hombre que amas caerá muy pronto en tus brazos.

Y ella bailaba ante los viejos ídolos de su religión pidiendo que llegara el hombre amado. Comenzaba a impacientarle su tardanza, y pedía a Ookoon le concediese la merced de verle cuanto antes.

Nicolás Sergus llegó a las cuevas de Ookoon y después de enterarse de que todo había ido perfectamente, preguntó por Gary.

—¿Qué habéis hecho de Tynam?

—Le dejamos tendido en tierra, pero después ha desaparecido.

—¡Ah, el canalla! — rugió, indignado, Sergus—. ¡Doy tres mil dólares al que me traiga vivo o muerto a ese soldado miserable!

Enloquecido, lleno de odio por haber dejado escapar a su rival, Nicolás prosiguió su camino por las



—Tío Jeff; vamos en seguida a las cuevas de Ookoon. Gary es inocente.

lóbregas cuevas donde estaban ya bien ocultos los zorros azules de Sasha.

Zoya salió a su encuentro, emocionada y cordial:

—¡Oh, Nicolás mío; ya sabía que vendrías a buscarme!

Nicolás la rechazó con disgusto.

—¡Manda a buscar al Pastor y nos casaremos en seguida.

—¿Casarme contigo? ¡Cásate con un endiablado piel roja como tú! — exclamó.

Ella suplicaba en vano la gracia de su amor humilde. Pero Nicolás, enfurecido por su fracaso contra Tynam, rechazaba a Zoya, como una pesadilla.

Gary no estaba lejos. Había logrado, después de costosos esfuerzos, penetrar en las cuevas de Ookoon y quiso el destino que llegara ante el lugar donde estaban Sergus y Zoya.

Los dos hombres dieron un grito de odio al reconocerse y se lanzaron el uno sobre el otro en una lucha brutal, despiadada. Eran dos enemigos valiosos que al defender sus respectivos intereses combatían también por el amor de la misma mujer.

Pero Gary, más joven y ágil, logró derribar a Nicolás, vencéndole a pesar del esfuerzo que en favor de éste puso Zoya.

El tío Jeff y Sasha acababan de llegar a Ookoon, y mientras el primero, revólver en mano, sorprendía a los ladrones obligándoles, con la intimidación de sus pistolas, a rendirse, Sasha continuó sus exploraciones por las cuevas para encontrar a Tynam.

Le halló poco después de haber resultado Gary vencedor en la lucha. Su sorpresa fué extraordinaria al encontrar a Gary con la mestiza.

—¿Cómo está usted aquí con Zoya? — preguntó, celosa.

—Pregúntele a ese granuja lo que hacía aquí con ella — respondió Tynam.

—¿Cómo?; ¡Nicolás! — gritó, sorprendida, la muchacha.

—Perdón, señora, perdón para él — suplicó Zoya, siempre llena de amor—. Yo he venido aquí porque le amaba.

El tío Jeff se acercó a ellos y les dijo:

—Estos cobardes han confesado que Nicolás Sergus es el jefe de la banda de ladrones más antigua de Alaska.

Los ladrones iban a ser conducidos a la isla para su proceso. Y aprovechando la confusión que reinaba, Nicolás, que había logrado incorporarse, pudo escapar, seguido de Zoya que le ayudó a embarcarse en una lancha y huir de sus perseguidores.

Zoya le vió marchar con honda tristeza, sintiendo que en su corazón morían todas sus ilusiones de enamorada:

—¡Se ha marchado! ¡Ha huído! Mucho le amaba pero no es digno ni del amor de una india como yo...

Y lloró el dolor de la separación.

Recuperados los zorros azules, Sasha comprendió toda la firmeza y lealtad de Gary Tynam y premió su nobleza casándose con él. Y Gary se dispuso a vivir definitivamente en aquella región de Alaska que él pisó por azar y que le había ofrecido el tesoro de una buena esposa.

FIN

LEA USTED
LA VIUDA ALEGRE

Mae Murray - John Gilbert

COMPRE USTED HOY MISMO
el primer libro de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
EDICIONES ESPECIALES

La Viuda Alegre

por MAE MURRAY, JOHN GILBERT, etc.

96 páginas - 16 páginas gráficas
Portada a varias tintas

Precio: Pesetas 1'50

LO MÁS INTERESANTE

AYER APARECIÓ

el 51 libro de la BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

de "La Novela Semanal Cinematográfica"

LA BARRERA

Creación de LIONEL BARRYMORE,
NORMAN KERRY y MARGARITA DAY

Portada bicolor - 64 páginas - Numerosas fotografías

Precio popular: 50 céntimos

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, Barcelona. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN